

LEONA ENJAULADA

La hija de Felipe de Lagardère-Nevers se despertó al día siguiente á eso de las tres de la tarde; pero todavía permaneció largo rato sin recobrar la entera posesión de sus facultades.

Sentía el cerebro pesado, la imaginación vaga, sin resorte, como destrozada.

Sus ojos se abrían y cerraban sin distinguir nada.

Además, notaba en todo su ser extremada lasitud. Era aquello una especie de curvatura general cuya causa no podía encontrar el cerebro de la pobre niña, débil aún, pero que se parecía mucho á la perezosa vuelta á la razón, de las personas adormecidas por la embriaguez.

Durante dos horas, Blanca fué presa de ese anonadamiento moral y físico, que más le hacía parecer estatua que ser animado.

Sin embargo, al fin empezó á funcionar de nuevo su cerebro, iluminósele la imaginación y el peso que aplastaba sus miembros fué dismiuyendo gradualmente.

Entonces empezó á mirar á su alrededor.

Veíase acostada, completamente vestida, en una otomana instalada en medio de un saloncito octogonal, tapizado de raso y alhajado con muebles delicados y artísticos.

No comprendiendo nada de cuanto veía creyó, al principio, en una ilusión de sus sentidos, y, para desvanecerla, levantóse de un salto y empezó á recorrer el cuarto.

Sus pies hallaban espesa y muelle alfombra en la que se hundían sus pies hasta los tobillos, una de esas alfombras que, en aquella época, se traían de Oriente á peso de oro, lujo que sólo podían permitirse los grandes señores.

Á lo largo de las paredes había varias butacas, con asientos cubiertos por ricos cojines y respaldos adornados con pinturas al estilo de las de Boucher, es decir amorcillos mofletudos y rosados que se entregaban á alegres expansiones.

En el techo, matizado de azul, aparecían los copos de una nube, de la que parecía descender el hijo de Venus, con las alas desplegadas y al arco tendido, dispuesto á arrojar la acerada flecha.

Las pupilas de la señorita de Nevers se dilataban al aspecto de todas aquellas cosas nuevas para ella, aunque, teniendo en cuenta la pureza de su corazón, no se alarmó en nada su pudor.

Á uno de los lados del saloncito abríase la única ventana de éste. Sus cristales estaban protegidos interiormente por una fija rejilla dorada que los recubría de abajo arriba.

Blanca se dirigió á esa ventana y miró hacia afuera : pero su vista fué detenida por una cortina de grandes árboles que se alzaban á algunos pasos de allí, y su examen tuvo que limitarse á observar que la habitación en que estaba se hallaba en la planta baja.

— ¿Dónde estoy? — se preguntó pasando una segunda inspección al local. — Esto no puede ser; es un sueño que va á acabar de un momento á otro.

Entonces, dudando cada vez más de estar despierta, empezó á golpear al suelo con el pie, á pasear, á mover con fuerza los muebles, y hasta llegó, con un movimiento muy brusco, á derrumbar uno de los taburetes, cuyo choque en una parte del suelo no cubierta por la alfombra, produjo gran estrépito.

No; decididamente, no soñaba : todo cuanto veía y tocaba existía realmente.

Cuando se bajaba para recoger el taburete, oyó un ruido de faldas á su lado.

Volvióse vivamente.

Ante ella estaba una mujer de edad que, inclinada ceremoniosamente, la miraba con almirada sonrisa.

¿De dónde salía aquella mujer? ¿Cómo había entrado? Nuevo misterio para Blanca que no había visto ninguna puerta que diera al saloncito.

La recién venida era una matrona gruesa y poderosa que representaba unos sesenta años.

Llevaba una bata con profusión de encajes, iba tocada con una cofia muy acanalada y tenía las muñecas llenas de pulseras y de sortijas los dedos.

Ese conjunto que, no obstante sus doce ó trece lustros y acaso más, revelaba aún en ella pretensiones no disimuladas á la coquetería, contrastaba mucho con sus ajadas facciones á las que trataba en vano de rejuvenecer una capa de afeites.

Al verla, experimentó Blanca un sentimiento de profunda repulsión é instintivamente retrocedió un paso.

Parecía que en la fisonomía de aquella mujer estaban escritos el vicio y la astucia.

— ¿Ya está usted despierta, querida? — le preguntó la matrona, con ligero acento extranjero y voz aflautada. — ¿Cómo se encuentra? ¿Algo cansada, sin duda?... Ya sé que, lejos de servir para reposo, los sueños largos fatigan, y el suyo ha durado...

— ¿Quién es usted, señora? — preguntó en tono imperativo la joven, en vez de contestar. — ¿Quién es usted para atreverse á hablarme con tal familiaridad?

— ¿Que quién soy, hija mía?... Pues me llamo la señora Bertrand, y soy su humilde servidora... dispuesta á cumplir las órdenes que tenga usted á bien darme.

— ¡La señora Bertrand!... ¡Mi servidora! No comprendo nada. Nunca la he visto y, por consiguiente, no la conozco. Pero, ya que dice estar á mis órdenes, dígame ¿cómo se hace que, habiéndome quedado dormida ayer en el convento de las hermanas Agustinas

de Picpus, me despierto en este lugar que me es completamente extraño?

— ¿Qué me cuenta usted? — repuso la mujer fingiendo admirablemente la sorpresa. — ¿Estaba usted ayer en la santa casa de canonesas de Picpus?

— Sí. Hacía tres semanas que me encontraba allí, durante la ausencia de mis padres que están ahora en Lorena. Y ayer, pasé allí el día entero, así como también la noche, y en vano trato de averiguar por qué sortilégio mi celda, tan sencilla, tan modesta, se ha transformado durante mi sueño, como por encanto, en este salón tan ricamente amueblado y tan artísticamente decorado.

— Tal vez alguna buena hada haya venido á visitarla y darle esta sorpresa, queridita — dijo la matrona con acento que quería ser malicioso.

— Que haya venido á visitarme ó no, alguna buena hada — declaró altivamente la joven, — procure usted medir sus expresiones, cuya familiaridad no me gusta, y descifre en seguida este enigma, ya que mi imaginación no puede hacerlo.

— Es que... es que... — tartamudeó la vieja muy extrañada por la nobleza de aquel acento al que no estaba acostumbrada. — Me pregunta usted una cosa á la que me es absolutamente imposible responder. ¿Cómo quiere usted que le diga lo que yo misma no sé?

— ¡Cómo! ¿No puede usted iluminarme respecto de este punto?

— En nada absolutamente.

— He ahí un raro misterio — observó Blanca mirando en los ojos á la Bertrand.

Luego, tras breve pausa, añadió:

— Cuando menos, sabrá usted decirme en dónde me encuentro. Ni en casa de mis amigas ni en ninguna de las partes adonde he ido con mis padres, he visto nada parecido á lo que aquí me rodea.

— Respecto de eso, puedo satisfacerla. Aquí está usted en casa de alguien que le desea bien... mucho bien...

Blanca no pudo reprimir una ruidosa carcajada, aquella fatuidad de un desconocido le causaba risa.

— ¡En casa de alguien que me desea bien! — repitió. — Cada vez lo entiendo menos. Explíquese.

— Esa persona no tardará en venir para enseñarle todo cuanto usted desea saber.

De repente, púsose muy seria Blanca y murmuró:

— No sé de quién quiere usted hablar, señora. Fuera de mis padres y de algunos amigos, no reconozco á nadie el derecho de desearme el bien. Quiero esforzarme en creer que usted procede de buena fe; pero este engaño ha durado ya bastante y podría acarrear serios disgustos á su autor. Sírvase, pues, decirme de qué manera puedo salir de aquí, donde no veo salida alguna, para que vuelva á emprender el camino de Picpus, de donde he salido á consecuencia de un suceso hasta hora inexplicable para mí.

No dejaba la Bertrand de experimentar cierta turbación. Nunca se había mostrado tan rebelde é imperativa ninguna de sus huéspedas. Pero era mujer de

recursos, y para conseguir ser guardiana del Parque de los Ciervos, Lebel había debido de descubrir en ella numerosas cualidades *ad hoc*.

— Querida señorita — dijo con dulce voz, — si eso me fuera posible, créame que la complacería con muchísimo gusto; pero ¡ay! me está rigurosamente prohibido darle la indicación que solicita. No puede salir de aquí á no ser con permiso de la persona en cuestión.

— ¿Qué dice usted? — exclamó Blanca, frunciendo el entrecejo — ¿no puedo marcharme de aquí?

— No.

— ¿Pero qué mansión es está? — interrogó la señorita de Nevers, rechazando, á fuerza de energía, el vago espanto que sentía nacer en ella.

— Esta morada, señorita — contestó la Bertrand con tono insinuante y armándose de audacia, — es un lugar maravilloso en donde las jóvenes como usted gozan de una felicidad casi divina. Aquí se satisfacen todos sus deseos en cuanto los expresan. Tienen á su disposición los vestidos más suntuosos, las más raras joyas. Se les ofrecen mil diversiones para regocijarlas constantemente... Cada hora, cada minuto, cada segundo se les proporciona un nuevo entretenimiento, y los días se deslizan en una serie de goces sin fin. Eso es esta mansión, querida.

Blanca había escuchado con la boca abierta esta brillante descripción, y estaba tan estupefacta que no pensaba en responder una sola palabra.

La vieja, atribuyendo su actitud á la admiración que

indudablemente había debido de hacer nacer en ella el risueño cuadro que acababa de trazarle, felicitóse interiormente de su feliz inspiración y continuó, en el mismo tono:

— Sí, niña querida, esto es un Edén, un verdadero paraíso terrenal del que usted será la Eva, la Eva de un Adán que la adorará y la colmará de todas las dichas de este mundo. ¡Ah! afortunada niña; ¡cuánta felicidad le espera! ¡Qué existencia tan agradable le está reservada!...

La señorita de Nevers seguía muda, como atontada, dudando más que nunca de hallarse despierta.

No entendía muy exactamente el significado de las palabras que llegaban á sus oídos; pero el instinto, centinela vigilante, que vela en el corazón de toda virgen, hacíale presentir que un peligro inminente amenazaba su felicidad.

Ante tan prolongado silencio, la señora Bertrand, formalmente convencida de que la joven se hallaba bajo el encanto, añadió, acercándose á ella, y prescindiendo de toda reserva:

— Vamos, bellísima niña, comprendo que esté usted deslumbrada por cuanto acabo de hacerle entrever, y que las graciosas imágenes que acosan su cerebro le quiten la noción de la realidad; sin embargo, debe usted volver á la razón, descender del país de la fantasía por donde está viajando y echar pie á tierra. Ya que es usted la dueña de esta estancia, es necesario que tenga usted aspecto pomposo. Voy á mandar llamar á varias mujeres, y, bajo sus hábiles dedos, se

volverá usted más seductora, más perfecta que una hurí. Estos vestidos de austero corte y sin gracia, verdadero traje de reclusa, van á ser sustituidos por otros de refinada elegancia que destacarán todos los atractivos de su persona; estos pies, que hubiera envidiado la Cenicienta, van á adornarse con finas mulas de raso, que realzarán su delicada estructura; esta cabellera de ondas de azabache va á transformarse, bajo dientes de marfil, en una diadema mil veces más opulenta que la de una reina... corona formada de los más puros diamantes...

Al pronunciar estas últimas palabras, la Bertrand había colocado la mano en los cabellos de la señorita de Nevers y los había retorcido en espesa banda que figuraba, en efecto, una diadema magnífica.

Mas no pudo contemplar mucho tiempo su obra.

Aquel tocamiento acababa de sacar por completo á Blanca de la torpeza en que se hallaba.

Saltando hacia tras cual si la hubiera picado una víbora, abrió una distancia de varios pasos entre ella y la vieja, y, dirigiéndole una mirada cargada de desprecio, exclamó, con acento en que vibraba violenta cólera.

— ¡Atrás, señora!... ¡Y basta de palabras!... Libreme de su presencia que no puedo soportar más... No puedo descifrar el sentido oculto de sus palabras; pero una voz secreta me dice que son injuriosas para mí... Desaparezca, pues, de mi vista, ó pido socorro.

Estaba tan lejos de prever este desenlace la Bertrand, que se quedó como petrificada. No obstante, reponiéndose pronto, y creyendo que la joven no la había comprendido, continuó:

— ¿Me habré explicado mal, hijita mía? Le repito que gozará usted aquí de todas las dichas humanas, que será usted...

— ¡Basta! señora ¡Basta!... — interrumpió Blanca, arrojando chispas por sus negras pupilas. — Y si es verdad que tengo derecho á mandar en este sitio, le ordeno que salga inmediatamente, so pena de sufrir el castigo de su indignidad... castigo de que no le preservarán sus canas... Soy hija del duque de Lagardère Nevers, sépalo usted, y mi padre es uno de los primeros gentileshombres de Francia. En cuanto sepa el odioso atentado de que he sido víctima, castigará á sus autores de manera ejemplar.

Márchese, pues, se lo repito — añadió dando un paso hacia delante, — márchese, para no agravar su conducta para conmigo.

La vieja no estaba del todo tranquila, desde cierto punto de vista, porque Blanca tenía todo el aspecto de una persona capaz de llegar á vías de hecho. En cuanto á las amenazas, poco le importaban, pues sabia no tener nada que temer sobre este punto, ya que la Pompadour y el rey eran sus cómplices.

Por lo tanto, no se movió un solo paso y empezó á mirar con gran curiosidad á la joven.

Indudablemente, parecíale incomprendible que ésta se negase aceptar tan mirífica existencia. Probablemente no estaría la vieja acostumbrada á que renunciase así las huéspedes confiadas á sus cuidados.

Al observar la poca prisa que se daba la matrona para ejecutar sus órdenes, Blanca prosiguió, con voz de mando :

— Bueno, quédese, si se le antoja ; prefiero cederle el puesto. Sólo exijo de usted una cosa, y tiene que hacerla en seguida : indicarme el medio de salir de aquí.

— Señorita — replicó la Bertrand, recobrando al fin la palabra, — le digo lo que antes, que no me es posible... cuando menos, sin el asentimiento de...

— ¡Qué me importa á mí ese asentimiento! — interrumpió, exasperada, Blanca. — Supongo que no estaré en esclavitud... ¿Con qué derecho me priva usted de mi libertad? ¡Ea! haga usted lo que le digo. Ya es hora de que salga yo de aquí.

Y hablando así, avanzó dos pasos más, acercándose á la Bertrand hasta tocarla, y mirándola bien de frente.

— No puedo, señorita — gimió la vieja, tratando de apaciguar el furor de su prisionera, fingiendo desesperarse. — Todo lo que usted quiera, menos eso.

— ¡Tenga cuidado, señora! — rugió la joven dominándose apenas. — ¡Tenga cuidado, pues se apura mi paciencia!

También se le acababa, á la Bertrand, la paciencia, pues nunca, jamás, se había encerrado en la jaula de la calle Saint-Médéric una leona por el estilo.

Armándose de su último valor, atrevióse á decir :

— Hace usted muy mal, señorita, en obstinarse en que yo le dé esa indicación, pues por mucho que haga usted y diga, no ha de conseguirlo.

— ¿Que no he de conseguirlo?... — exclamó Blanca,

cuya exasperación, tanto tiempo reprimida, acabó por estallar. — ¡Pues bien!... ¡Ahora lo veremos!

Y sin darse cabal cuenta de lo que hacía ; pero bajo el impulso de la generosa sangre que bullía en ella, arrojóse contra la matrona, con los ojos lanzando relámpagos y pronta á clavarle las uñas en el rostro.

Ya tocaban los crispados dedos de Blanca las mejillas pintadas de la vieja, en las que iban á trazar sangrientos surcos, cuando ésta, haciendo un rápido movimiento, consiguió huir de su contacto.

De ese modo, se puso detrás de la señorita de Nevers.

Rápida como el relámpago, volvióse ésta hacia la vieja ; pero, en el mismo momento, sintió que le envolvían la cabeza en una pieza de tela sedosa, cuyos extremos enroscáronse en el cuello.

Era la señora Bertrand que, aprovechando el corto momento durante el cual no podía sorprender la joven sus movimientos, con notables habilidad y sangre fría, habíase arrancado el delantal, tapando con él la cabeza á Blanca, cuidando de sujetárselo á la nuca con fuerte nudo.

Con semejante capucha no pudo la niña menos de detenerse, en vez de perseguir á la vieja, para quitarse aquel velo que la cegaba y la ahogaba á la vez.

Así que lo consiguió, lo cual fué cosa de pocos segundos, pues, en vez de perder tiempo en desatarlo, lo desgarró y lo hizo pedazos, notó que estaba sola en el salón.

La señora Bertrand había desaparecido, habíase desvanecido cual si la tragara la tierra.

La súbita desaparición de aquella mujer, para la señorita de Nevers tan inexplicable como su llegada, no hizo sino duplicar su cólera.

Cual fiera cogida en el lazo, empezó á saltar en todos sentidos, revolcándose contra las paredes, aporreándolas, imprimiéndolas con su cuerpo violentas sacudidas, creyendo que alguna puerta secreta acabaría por ceder á los repetidos choques.

¡Ay! no tardó en convencerse de que sus esfuerzos eran tiempo perdido. Las paredes seguían con su inexorable rigidez.

Corrió á la ventana.

Quizás consiguiera romper el ligero enrejado que protegía á los cristales y quebrar luego uno de éstos y escaparse por él.

Mas, aunque compuesto de tenues alambres, el enrejado era de una solidez á toda prueba.

En vano se lastimó los dedos y se rompió las uñas; no pudo hacer más que torcer algunas mallas; pero no se rompió ni una sola.

Reconociendo entonces su impotencia para recobrar por sí misma su libertad, invadióla profundo desaliento; operóse en ella cierta reacción: gran postración sucedió á su furor, que, poco á poco, habíase apagado.

Maquinalmente se encaminó á la otomana en que se había despertado, dejóse caer en ella anonadada, y, con el rostro apoyado entre las manos, lloró amargamente.

X

PREPARATIVOS DE LUCHA

Al reunirse con el rey madama de Pompadour, después de la inauguración de la estatua de la plaza de Luis XV, apresuróse á decirle que le esperaba una gran sorpresa en la casita de la calle de Saint-Médéric.

— ¡Bah! — exclamó el monarca fingiendo indiferencia; — ¿alguna nueva reclusa?

— Sí, Sire, y de rara belleza.

Luis dejó ver un mohín escéptico y repitió:

— ¡Bah!

— Ya verá usted — se apresuró á decir la Pompadour; — nunca ha tenido ocasión de admirar una joya igual.

— Marquesa, me está usted haciendo entrar en curiosidad y ardo en deseos de llegar á Versalles — dijo el rey. — Pero, ¿cómo se las ha arreglado para reemplazar con esa maravilla las últimas fealdades que me

han hecho olvidar el camino de la casita? ¿Será cosa de la casualidad?

— Vuestra Majestad lo ha adivinado. En efecto, la casualidad me ha hecho encontrar á esa joven en un paseo á los alrededores de Vincennes.

— Dígame algo de ella.

La favorita sabía lo que quería decir esta pregunta, que le era dirigida siempre que se efectuaba alguna nueva « entrada » en el establecimiento de la calle de Saint-Médéric. Era una petición de identidad.

Iba á declarar francamente el apellido y la identidad de Blanca, cuando, recordando las observaciones que le habían hecho las señoras de Mirepoix y de Hausset acerca de lo peligroso que sería enterar de la verdad á Luis XV, aunque, según ella, el conocimiento de esa verdad hubiera, por el contrario, sido un atractivo más para el rey, invadióla cierto temor que le detuvo la confesión en los labios.

Por consiguiente, se decidió á no dar al soberano sino datos vagos, datos que, dándole á entender que la maravilla de que se trataba era de condición muy superior á la ordinaria, no le iluminaron mucho respecto de ella.

No se le ocultaba á la marquesa que el rey podría enterarse pronto de lo que ella no le quería decir, pues se lo diría la misma señorita de Nevers; pero, para entonces, ya la habría visto él y estaría prendado de su altiva belleza, y, sin duda, adivinando que no le agradara el que se hubiese dispuesto de una hija de tan importante familia, pasaría por alto esta ligera contra-

riedad, para no pensar sino en la deliciosa distracción que le proporcionaría tan encantadora niña.

Todas esas reflexiones habían pasado muy rápidamente por la imaginación de la marquesa.

— Sire — le dijo, sin la menor vacilación, — no sé nada en concreto acerca de esa persona. Como le he dicho, la vi un día que hice una excursión por Vincennes, y enterándome de que habitaba momentáneamente el convento de canonesas de Picpus, la hice raptar sin preocuparme de quién pudiera ser.

— ¡ En un convento! — exclamó Luis XV escandalizado y haciendo un gesto de espanto. — ¡ Hola! ¿ es usted pagana, marquesa? ¡ Eso es un sacrilegio! Lo oye usted: ¡ un sacrilegio horrible! ¿ Cómo ha osado cometer semejante impiedad?

Al hablar de ese modo, era sincero el monarca.

No obstante sus desórdenes, Luis XV respetaba la religión, ó, á lo menos, creía respetarla, y no toleraba que la atacasen de ningún modo.

Cumplía con la más escrupulosa exactitud sus deberes de cristiano y era excesivamente supersticioso.

Por lo tanto disgustóle de veras la revelación de madama de Pompadour, porque no podía menos de temer al pensar en Dios; temor que, en medio de sus desórdenes, moderaba á menudo sus placeres.

Pero Cotillón II, como la había apodado el rey de Prusia, no era mujer que se emocionase fácilmente por aquel impulso místico:

Aunque verdadera, la devoción del monarca era algo superficial. Al biznieto del Rey Sol, así como á su

bisabuelo, le faltaba poco para creer que Dios y él se debían mutua consideración; debido á esto, y por simple deferencia para consigo mismo, pasaba á veces, sin restricción alguna, de los ritos del culto piadoso al amor, que cumplía con el mismo fervor.

La favorita no ignoraba estos pequeños reveses; así es que permaneció silenciosa un momento, dejando que se calmase Luis XV; luego, cuando le vió apaciguado, replicó:

— Le decía, pues, Sire, que no puedo darle muchos detalles referentes á esa joven. De todos modos, debo asegurarle que es persona de cierta categoría, según he podido notar en sus modales distinguidos, en su porte lleno de orgullo y nobleza. Seguramente, me dará usted las gracias por haber descubierto tal perfección... Si supiera yo algún término más expresivo, lo emplearía para describirsela...

— Bueno, bueno — interrumpió el soberano que, ante el singular deseo que encendía en él la marquesa no pensaba ya en el « horrible sacrilegio » que tan vehementemente acababa de reprocharle.

Más bajo, y como para sí mismo, añadió:

— Ya veré... y juzgaré...

Era tal su impaciencia por hallarse ante el objeto tan ponderado, que dió orden al cochero de fustigar á los caballos, cuya marcha le parecía demasiado lenta.

Y, sin embargo, galopaban.

Apenas se hubo detenido su carroza ante el Parque de los Ciervos, saltó más que bajó del vehículo y, acompañado por la Pompadour, penetró rápidamente

en sus habitaciones á cuya puerta había un centinela que le volvió ostensiblemente la espalda.

¡Era la consigna!

Así lo había decidido Luis XV para que no le reconocieran los soldados.

La señora Bertrand, sonriendo con toda la gracia posible, salió á su encuentro.

En el establecimiento que dirigía, gozaba del privilegio de corresponder directamente con el rey y la favorita y de hablarles como á simples particulares.

— ¿Qué es de la « nueva »? — le preguntó la marquesa.

— ¡Ah! — replicó la matrona con un suspiro que inquietó á la Pompadour.

— ¿Le ha ocurrido algo desagradable? — preguntó ésta.

— Á ella no, sino á mí.

Y la vieja contó detalladamente su animada entrevista con Blanca.

Cuando llegó al apóstrofe que le había dirigido la joven, revelándole el nombre de su padre, y amenazándola con la ira de éste, una mirada de la marquesa impidióle acabar la revelación.

Comprendió que, hasta nueva orden, tenía que ignorar el rey quién era la joven.

Después de haber terminado su narración, no sin extenderse sobre el incidente final, cuyas peripecias exageró demasiado, para hacer creer que se había librado de un gran peligro, añadió la Bertrand:

— En una palabra, es un demonio encarnado; y si

no se me hubiera ocurrido vendarla con el delantal para sustraerme á sus garras, me hubiese desfigurado... sí, desfigurado, lo que hubiera sido una verdadera lástima.

Al mismo tiempo, sacó del bolsillo un espejito y miróse en él con deleite.

La grotesca mímica de la matrona motivó una sonrisa en los labios del rey y de la marquesa.

No desagradó á la Pompadour el relato de la vieja.

Sabiendo que Luis XV era enemigo de lo vulgar, y habiendo notado hacía tiempo que no le interesaba ya el Parque de los Ciervos, había adivinado el porqué de todo esto y hasta pensaba haber aleccionado á alguna reclusa para que fingiese resistencia; gracias á esta comedia, fácilmente caería de nuevo el rey bajo su dominación, contento por cambiar sus conquistas ordinarias y fáciles contra el aliciente de la lucha; que le hubiera proporcionado la ilusión del triunfo.

Cuando le acosaban estas ideas es cuando se había apoderado de Blanca y su astuta imaginación encontró agradable el hacerla servir á sus proyectos, sustituyendo en resistencia fingida, por la lucha real.

Y tan poco le engañaban á la marquesa sus previsiones que, después del relato de la Bertrand, el monarca sintió muchas ganas de ver inmediatamente al « demonio encarnado ».

— Que vayan inmediatamente al castillo, para decir á Lebel que venga á prepararme — ordenó; — ó mejor, no, sería un contratiempo engorroso; no puedo

hacer esperar á esa belleza; por hoy me privaré de sus servicios.

Apenas había acabado de hablar, cuando un rostro afeitado, en el que se veían todos los estigmas de la más rara hipocresía y la impudencia menos oculta, apareció en la abertura de la puerta.

— Aquí estoy, Sire — dijo el recién llegado, que no era otro más que el primer ayuda de cámara.

Luis expresó una sonrisa de satisfacción y dijo negligentemente:

— ¡Ah! ¿es usted, Lebel?... Llega usted á tiempo para equiparme para entrar en campaña.

Lebel venía de París.

Se recordará que él es quien había avisado á la favorita de la presencia de Blanca en el Parque de los Ciervos.

Sospechando que su amo, enterado por ella de este suceso, querría ser introducido en seguida ante la joven, y sabiendo que antes le necesitaría á él, habíase encaminado á toda prisa á Versalles.

Como se ve, su venida no podía ser más oportuna.

— Vamos, Lebel — repitió el rey, — equípeme pronto.

Pasó entonces al cuarto contiguo al en que se hallaba, el cual tenía todo el aspecto de un tocador.

Acto seguido, despojóle el criado del magnífico traje que llevaba, le quitó el gran collar de San Luis, así como también varios adornos que hubieran podido descubrir su personalidad; luego, le vistió una especie de túnica y le colocó en la cabeza una rica gorra de astracán.

Con este nuevo pelaje Luis XV tenía aún noble aspecto; pero no había en él ninguna señal reveladora de que tuviera derecho á sentarse en el primer trono de Europa.

Porque, debemos decirlo, siempre, como su bisabuelo Luis XIV, respetaba la realeza mucho más que la religión.

Teniendo conciencia de que sus desarreglos de la calle de Saint-Médéric cuadraban mal á la dignidad, de que nunca debe apartarse un rey, procuraba, antes de entregarse á ellos, abandonar las pompas de la Majestad para convertirse en un simple aristócrata.

No obstante, como tenía que aparentar ser un gran personaje, para imponerse á sus odaliscas, se hacía pasar por el príncipe polaco Boleslas Kzinski, pariente de la reina.

Parentesco que, por fortuna, la pobre María Leczinska, la más virtuosa de las mujeres, nunca había sospechado, pues, de lo contrario, se hubiera muerto de vergüenza.

Disfrazado como acabamos de indicar, el monarca se dirigió al saloncito en donde estaba encerrada la señorita de Lagardère-Nevers, entanto que la Pompadour regresaba al castillo para anunciar á sus dos íntimas, las señoras de Hausset y de Mirepoix, las felices disposiciones en que estaba el monarca con respecto á su víctima.

XI

EN DONDE EL SUPUESTO PRÍNCIPE POLACO SE VA POR LA TANGENTE

Desde que, tras su inútil tentativa de fuga, había caído Blanca en la otomana derramando lágrimas de vergüenza y rabia, conservaba la misma posición, es decir, estaba replegada sobre sí misma y con las manos crispadas contra el rostro.

Poco á poco iba oscureciéndose el salón.

Sin embargo, no eran aún las siete de la tarde y empezaba la segunda quincena de junio.

Pero aquella oscuridad se debía á la cortina de árboles situada frente á la ventana así como también á la reja que protegía los cristales, que formaban una doble pantalla que interceptaba parte de la claridad.

Á pesar de su abatimiento, la joven había seguido aquella disminución progresiva de la claridad, y, sin que tuviera precisamente miedo, á medida que se iba